



Serie La Historia de La Iglesia Primitiva

- El enlace con los evangelios (Hechos 1:1-5) -

Junio 16, 2021

1 Estimado Teófilo, en mi primer libro me referí a todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar **2** hasta el día en que fue llevado al cielo, luego de darles instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido. **3** Después de padecer la muerte, se les presentó dándoles muchas pruebas convincentes de que estaba vivo. Durante cuarenta días se les apareció y les habló acerca del reino de Dios. **4** Una vez, mientras comía con ellos, les ordenó: No se alejen de Jerusalén, sino esperen la promesa del Padre, de la cual les he hablado: **5** Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo.

Hechos 1:1-6

Teófilo y el “primer tratado” (Hch 1:1)

La dedicación de una obra literaria a una persona de alguna distinción, interesada en las actividades del autor, fue costumbre bastante extendida en la antigüedad. Lucas sigue el mismo patrón, pero no con ánimo de granjearse el favor de los poderosos, sino para aleccionar a un amigo que ya sabía algo del Evangelio (Lc 1:4). En el capítulo introductorio hemos hecho notar que el libro de Los Hechos tiene marcado énfasis apologético, sirviendo no sólo para instruir a la Iglesia en cuanto a verdades de importancia fundamental, sino también para convencer a un público culto e inteligente de que el Evangelio no era “propaganda subversiva”, sino que se extendía en los primeros tiempos con la anuencia y bajo la protección de los oficiales del Imperio. Después de leer las muchas y contradictorias especulaciones de los eruditos sobre la persona de “Teófilo”, lo único que podemos decir con alguna certeza es que se trataba de una persona real, quien llevaba un nombre bastante común en la época, ocupando quizás un puesto oficial que merecía el título de “excelentísimo” (Lc 1:1), digno representante de la clase de personas cultas e inteligentes que Lucas quería alcanzar y convencer por medio de sus escritos. Es posible que la falta del título de honor en Los Hechos indique que Teófilo había progresado en la fe, y que el enlace entre él y el autor se había hecho más íntimo, pero eso no pasa de ser una suposición verosímil.

1. El comienzo y la continuación de la Obra (Hch 1:1)

El “primer tratado” es obviamente el Evangelio según Lucas, y en él se habían expuesto “todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar” hasta el día de la Ascensión. He aquí el resumen en una frase del ministerio terrenal del Maestro; podemos notar que las “obras” preceden a las “enseñanzas”, ya que el Dios de la Revelación hebrea y cristiana se da a conocer por lo que él hace, y, sobre la base de sus divinas actividades, aclara la verdad en cuanto a su Persona y sus designios. De



paso podemos apuntar una lección práctica: el cristiano que no anuncia el Evangelio por medio de sus obras nunca debe creerse llamado para predicarlo desde el púlpito, pues las obras debieran preceder las palabras. Cronológicamente el ministerio del Señor tiene su comienzo, su continuación y su consumación. Por maravilloso que fuese su ministerio en la tierra, no pasaba de ser un principio: el fundamento firme de lo que después había de realizar. Recordemos el pequeño resumen del primer período de las actividades apostólicas al final del Evangelio según Marcos: “Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Mc 16:20). A la luz de este resumen, podríamos llamar este libro “LOS HECHOS DEL SEÑOR ASCENDIDO”, quien obraba eficazmente por medio de los suyos que habían aprendido el poder de su NOMBRE. La idea de la consumación de la Obra está implícita en la referencia al “Reino de Dios” de (Hch 1:3).

Los últimos mandamientos del Señor (Hch 1:2-3)

Durante los “cuarenta días” se ve en operación la más sublime “Escuela Bíblica” de todos los tiempos. No había edificio ni programas de estudio, pero el Maestro por excelencia, el Señor resucitado, reunía en torno suyo a aquellos discípulos que tantas veces habían recogido sus sabias enseñanzas antes de la Pasión. Veamos algunas de las características de estas enseñanzas.

1. Se dieron “por el Espíritu Santo”

¿Por qué se recalca este hecho? Con tal Maestro, ¿faltaba algo para que las enseñanzas fuesen perfectas? La frase señala una característica constante del ministerio del Señor, tanto en su comienzo como en su continuación. El Hijo-Siervo no obraba aislado de las otras “Personas” de la Santísima Trinidad, sino juntamente con ellas en una perfecta armonía de propósito y de obra. Por eso, en su bautismo, el Padre le aprobó y el Espíritu Santo le revistió de una unción especial que correspondía a su misión mesiánica. “El Espíritu del Señor está sobre mí” es la profecía que recogió en Nazaret (Lc 4:18) (Is 61:1), y en la plenitud del Espíritu hacía todas sus obras y profería sus palabras de divina sabiduría, antes y después de la Resurrección.

2. Se dieron a los apóstoles que había escogido

Era la etapa final de la formación de los apóstoles antes de lanzarse éstos a cumplir su misión en el poder del Espíritu Santo. El nombramiento y las funciones de los apóstoles es tan importante que lo tratamos más ampliamente en el Apéndice “Los apóstoles”, y, al considerar el nombramiento de Matías, volveremos a mencionarlo. Basta notar aquí que el Maestro había escogido a estos hombres para recibir de él la verdad en cuanto a su Persona, Obra y enseñanzas. Eran testigos, pero testigos especialmente entrenados para poder transmitir las verdades aprendidas a otra generación con toda exactitud en la potencia del Espíritu Santo. Los “mandamientos” que recibieron se notan parcialmente al fin de los cuatro Evangelios e incluían el de proclamar universalmente el Evangelio, el de “hacer discípulos a todas las naciones”, el de bautizar a los convertidos en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y el de “enseñarles que guarden todas las cosas” que los discípulos mismos habían



recibido, como también el de “apacentar a las ovejas y los corderos” (Mr 16:15) (Mt 28:19-20) (Lc 24:46-48) (Jn 21:15-17). La comisión es amplia, y si la Iglesia de hoy quiere ser “apostólica”, no debiera permitir que caiga en olvido ninguno de sus términos.

3. Se dieron a la luz de la Obra consumada de la Redención.

En el Cenáculo el Maestro no pudo acabar sus enseñanzas porque los discípulos no podían llevarlas: no sólo por las limitaciones naturales del hombre, sino porque carecían aún de la “clave” para su comprensión, o sea, la aclaración del misterio de la Cruz. Muchos creyentes se entretienen en señalar la “torpeza” de los apóstoles y su tardanza en comprender lo que Cristo quería enseñarles, pero debiéramos tener en cuenta que el Hijo de Dios no escogió a estos hombres por su torpeza, sino por ser los mejores instrumentos de aquel tiempo para el cumplimiento de sus propósitos. El misterio de la Cruz (en el sentido de cuanto Dios realizó por tan extraño medio) es tan profundo que aun las inteligencias celestiales no pueden profundizar todas sus honduras (1 P 1:12); ¿cómo, pues, podían los Once llegar a tal comprensión antes de presenciar el hecho de la Muerte y la Resurrección del Señor, y tener el sentido abierto para entender las profecías del Antiguo Testamento (Lc 24:44-46)? Las predicaciones de Pedro después del Día de Pentecostés son la prueba palmaria de que no había tal “torpeza” después de serles entregada la clave para comprender el designio de Dios.

4. Se relacionaron con el Reino de Dios

El término “Reino de Dios” se halla varias veces a través de Los Hechos, y es tan importante en sí que se trata en el Apéndice “El Reino de Dios”. Basta que comprendamos aquí que la frase abarca todo cuanto esté bajo el gobierno de Dios, y se relaciona con la Persona del Rey, de modo que puede presentarse bajo distintos aspectos en el curso del desarrollo de los planes divinos para con el hombre. La “potencia” del Reino, sea lo que fuere su manifestación inmediata, brota de la Cruz y la Resurrección, de modo que a los discípulos, testigos de la Obra expiatoria y primeros partícipes de las bendiciones de Pentecostés, les fue dado ver “el Reino de Dios venido con poder” (Mr 9:1), sin que este cumplimiento agote el sentido de la frase, que abarca necesariamente una consumación escatológica.

Los cuarenta días (Hch 1:3)

El período de los “cuarenta días” durante el cual el Señor resucitado se manifestaba, seguido por los diez días de espera y culminándose en el Día de Pentecostés, debiera considerarse a la luz del calendario religioso de los judíos. Este calendario se presenta en su forma más completa en (Lv 23) donde vemos que, aparte de la celebración semanal del sábado, se ordena la fiesta anual de la Pascua (Lv 23:5-8), seguida por la de las primicias de los primeros frutos (Lv 23:9-14), meciéndose entonces la ofrenda de espigas “el día siguiente del día de reposo”, o sea, el primer día de la semana que seguía la Pascua. Luego habrían de contar siete semanas cumplidas antes de ofrecer las primicias del horno, cuyo acto significaba el fin de la cosecha de la manera en que las primicias de los primeros frutos indicaba su comienzo. Contando de



forma, inclusive tenemos “cincuenta días” o la cincuentena, representada en griego por “Pentecostés”. Los grandes acontecimientos que forman la base de nuestra redención corresponden en fecha y sentido al calendario mosaico. La Crucifixión (cumplimiento del sentido profético de la Pascua) tuvo lugar al siguiente día de la tarde de la Pascua, o, según la manera de los judíos de calcular el día de una puesta de sol hasta la otra, en el mismo día. La Resurrección corresponde a la ofrenda de los primeros frutos el primer día de la semana siguiente, abriendo la época de la “cosecha de la Cruz”. Pentecostés es el momento del descenso del Espíritu quien une a los hijos dispersos en “un pan”, que es la Iglesia. La fecha de la Ascensión no corresponde a nada en el calendario, pero veremos que, a pesar de su obvio y hondo significado, no es más que la manifestación de una realidad ya existente desde la Resurrección.

1. Las pruebas indubitables (Hch 1:3)

Lucas pone énfasis sobre las “muchas pruebas indubitables”. La palabra “tekmerion” significa evidencia convincente. Sin duda alguna el cristianismo descansa sobre el hecho de la Resurrección, y si no hubiera prueba irrefutable de él (ante quienes quieren considerar toda la evidencia), todo lo demás caería en ruinas. No es éste el lugar para aducir toda la evidencia, pero notemos algo que parece ser de mucha importancia. El mensaje cristiano no declara que un hombre cualquiera resucitara de los muertos sin más ni más, sino que se levantó de los muertos aquel que había manifestado tanto la naturaleza humana como los atributos de Dios durante un ministerio que duró tres años. El hecho corresponde a la vida, y desde este punto de vista es más difícil explicar cómo pudiera morir, que no el hecho de que los lazos de la muerte no pudieron sujetarle (Hch 2:24). El Señor resucitado iba manifestándose a los suyos en distintos puntos de Jerusalén, en el camino de Emaús, en distintos lugares de Galilea, variándose el número y la identidad de los testigos en las diferentes ocasiones; todos le habían conocido íntimamente antes de la Cruz, y bien que había diferencias, como es natural tratándose de un Ser resucitado, libre ya de las limitaciones del espacio y de la materia, quedaron convencidos de que era EL MISMO JESÚS, su amado Maestro, quien se presentaba ante ellos. Aun nosotros, a través de las breves narraciones de los Evangelios, percibimos la unidad de la personalidad del Señor tanto antes como después de la Resurrección. Pablo no era uno de estos testigos, y su llamamiento apostólico era diferente al de los Doce, bien que complementario; sin embargo, reconoció plenamente la importancia fundamental de las “muchas buenas pruebas”, y conocía a muchos de los testigos personalmente, siendo el hecho que proclamaban piedra fundamental del Evangelio que tanto ellos como Pablo mismo predicaban (1 Co 15:1-9).

La espera del descenso del Espíritu Santo (Hch 1:4-5)

1. La Promesa del Padre

El Señor prohibió a sus discípulos que saliesen de Jerusalén antes de recibir “la promesa del Padre”: bendición prometida por él mismo, como también profetizada en el Antiguo Testamento y por Juan el Bautista. No podían emprender ningún trabajo público sin que se completara la intervención de Dios para la salvación de los hombres,



y no podemos separar jamás los hechos de la Cruz y la Resurrección de aquel otro complementario del descenso del Espíritu Santo, quien sólo pudo aplicar en poder divino dentro de los hombres lo que Cristo había realizado de forma externa e histórica en el Gólgota.

2. El enlace con las enseñanzas del Cenáculo

Las expresiones que emplea Lucas aquí concuerdan exactamente con las enseñanzas del “Aposento Alto” que hallamos en (Jn 14-16), lo que recalca una vez más la unidad esencial de los Evangelios. El estudiante debería estudiar cuidadosamente cuanto el Maestro enseñó sobre la “promesa” según se halla en (Jn 14:16-18) (Jn 15:26-27) (Jn 16:7-14), para volver a meditar en la importancia fundamental de la Persona y la Obra del divino Paracleto, quien había de tomar el lugar del Hijo en la tierra, enlazando al Mesías de la Diestra de Dios con el corazón de sus siervos en la tierra.

3. El previo acto simbólico

El lector se acordará de que, tras la Resurrección y estando Cristo reunido con los suyos en el Aposento Alto, había soplado sobre ellos diciendo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20:21-23). Si aquel acto se estudia en relación con la porción que tenemos delante y tomamos en cuenta que, a la hora de la Ascensión, los Once aún aguardaban “la promesa del Padre”, se comprenderá bien su significado simbólico que anticipaba la realidad del Día de Pentecostés, cuando el Señor Resucitado, en unión con el Padre, había de enviar sobre ellos el Espíritu Santo. La predicación del Evangelio en la potencia del Espíritu determinaría la “remisión de los pecados”, y el rechazamiento de esta obra apostólica significaría la retención de los pecados.

4. La consumación de la Obra de Cristo

En (Hch 1:8) habla de este “poder” que los discípulos habían de recibir para su ministerio al descender sobre ellos el Espíritu Santo. Antes de estar así revestidos no les era permitido iniciar la nueva etapa de su obra, pues, a pesar de todas sus maravillosas experiencias, serían instrumentos completamente inútiles e inservibles si no obrasen por medio del Espíritu Santo de Dios. Veremos el resultado de este bautismo espiritual en capítulos sucesivos, pero nos conviene hacer un alto aquí con el fin de preguntarnos si nuestras actividades en la esfera del Reino son de hecho manifestaciones de poder espiritual, o si no pasan de ser un devaneo de la carne. Dios, en sus providencias, puede utilizar esfuerzos humanos defectuosos, pero lo que desea tener son instrumentos enteramente dedicados a él, llenos del Espíritu, para que la potencia sea manifiestamente del Cielo. ¡Cuánta madera, heno y hojarasca se ha de “quemar” en el Día del Señor Jesucristo porque nos olvidamos de este hecho fundamental! ¡No nos apresuremos! ¡Esperemos la promesa del Padre! Que nuestra primera preocupación sea la de estar “llenos del Espíritu” para que Dios pueda obrar con poder por medio de estos instrumentos que, sin tal poder, no son más que herramientas estropeadas e inútiles.